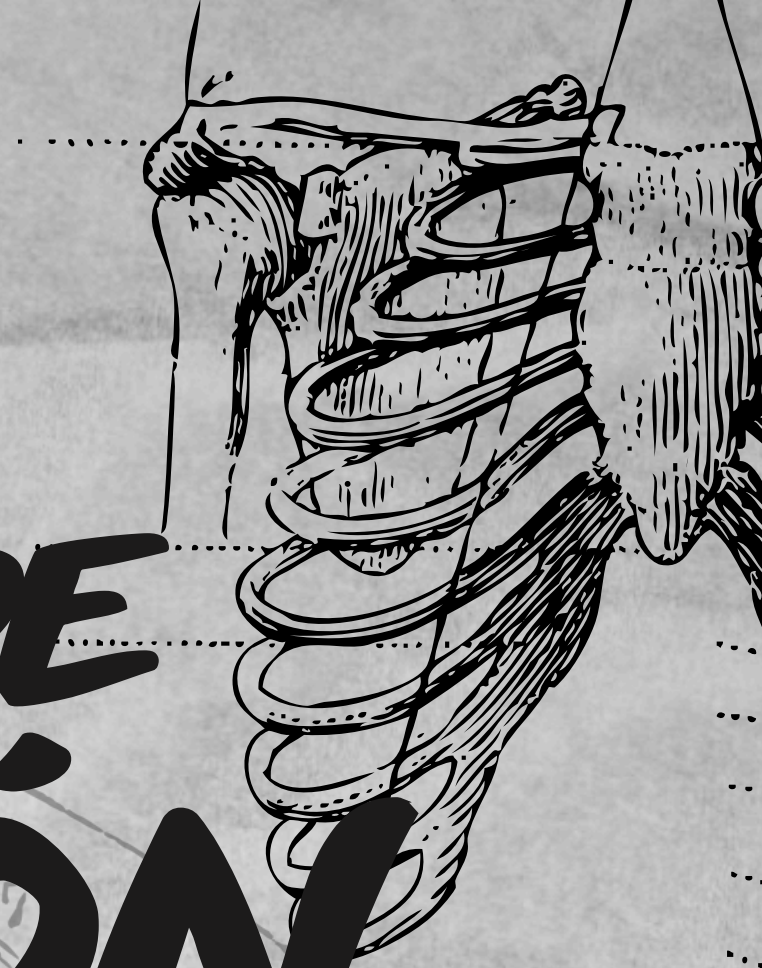




DWARF
WORKS



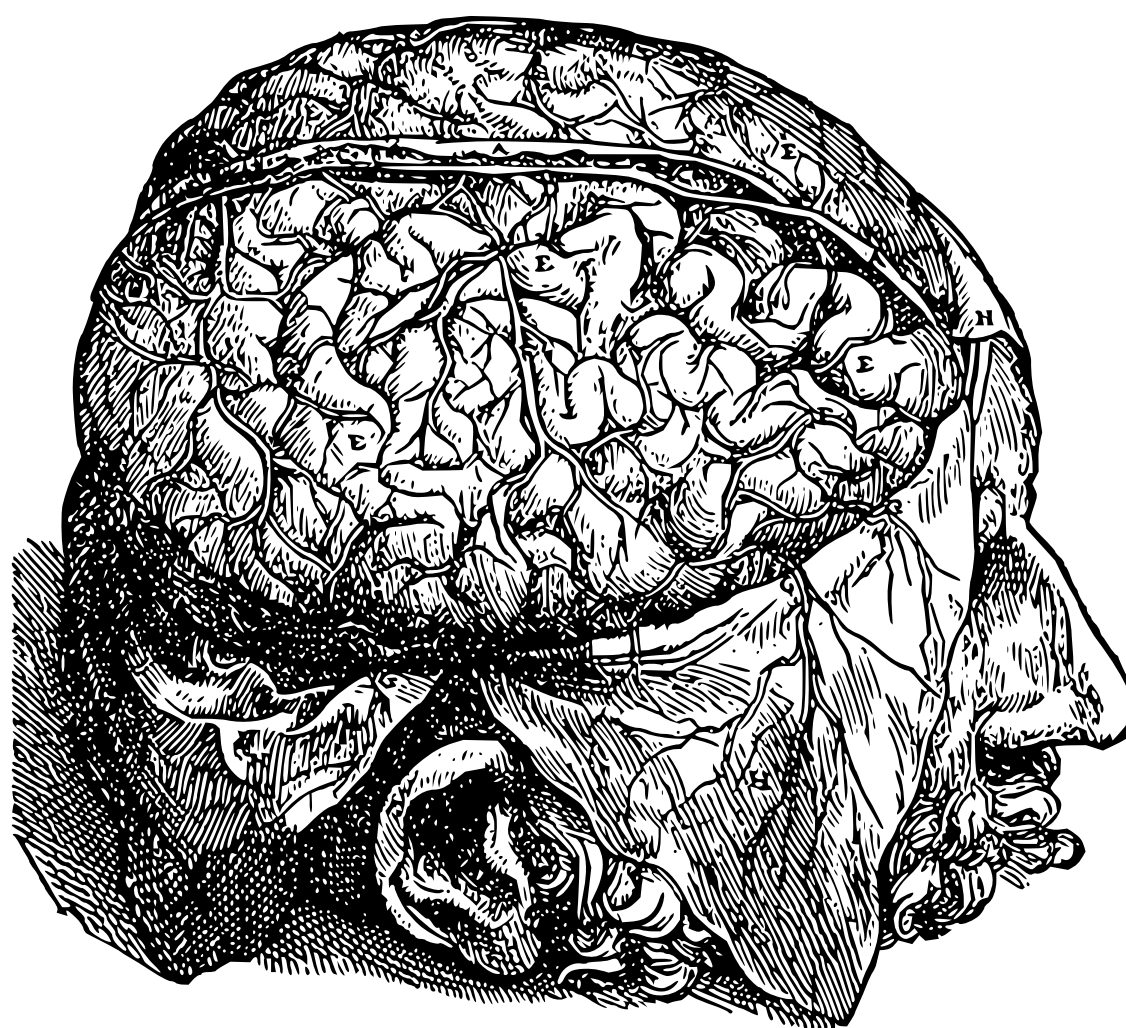
DESPOJOS DE CORAZÓN



BENITO DE LA CRUZ



I CONCURSO INTERNACIONAL DE NARRATIVA MÉDICA 2024



**DWARF
WORKS**



BENITO DE LA CRUZ





Llegó un paciente de nombre Ernesto a la consulta, en los treinta y cuatro años, bien parecido, moreno, delgado. Usaba lentes de armazón de pasta oscura. Parecía nervioso, sus manos temblaban, gesticulaba inquietud. No me dejó si quiera saludarlo, inmediatamente fue sobre la situación de la que necesitaba de una opinión profesional. Sacó una caja de cerillos roja con la imagen de un elefante blanco en el centro. La puso frente de mí abriéndola lentamente. Dentro del pequeño cajón de cartón había una especie de restos de piel muerta. Aún no terminaba de entender lo que estaba viendo cuando sacó un frasco pequeño de cristal transparente con piezas de piel aún más grandes flotando en alcohol.

Me los quité de los pies. Dijo el paciente mientras restregaba su mano izquierda por la cara. Tuve un sueño extraño en donde llegué a mi casa y un montón de mariposas salían de la habitación enviadas por un perro. Sus lenguas o trompas en espiral se desenrollaban para entrar dentro de mi piel como navajas. Al despertar pensé que todo fue un sueño pero en los siguientes días aparecieron estas cosas dentro de mí, como restos de insectos. Mire parecen patas, esta de aquí incluso tiene la forma de esas lenguas de mariposa. Las encontré mientras me bañaba. Inspeccionaba cada trozo de piel con unas pinzas de disección pero no lograba encontrar nada más que restos de piel humana.

Exploré sus pies encontrando múltiples laceraciones con forma circular auto infligidas de más de un centímetro de diámetro con bordes regulares en proceso de cicatrización, al parecer realizadas con la precisión de un escalpelo. El dedo gordo del pie izquierdo parecía haber sido cortado como cuando se le saca punta a un lápiz de madera con un cuchillo afilado. Me asombró que no había datos de infección, parecería que el paciente en verdad supiera como cortar sin dañarse, además, no había dolor, solamente preocupación.

Decidí calmarlo prescribiendo medicamentos para la ansiedad a parte de los cuidados de sus heridas y haciéndole entender que era necesario mandar esas muestras a patología. Fue cuando tu madre vino a mi mente, pues ahora tiene el título de patóloga.

Conocí a tu mamá en el invierno de inicio del año dos mil. Cuando era niño suponía lo que todos los ochenteros abusadores del gel y el AquaNet entendíamos sería verdad para aquel entonces: Coches volando, ropa extravagante, un robot de servidumbre y la Tercera Guerra Mundial estallando en contra de un ejército de zombies o extraterrestres, para esas alturas de la vida después de hacernos daño a la vista con los colores fosforescentes y los tenis con dos diminutos focos los cuales se encendían al pisar, nos daría igual. De eso no hubo nada, solamente tu madre y yo mirando el atardecer del Cerro de las Mitras desde el laboratorio de fisiología humana en donde ningún perro de la calle que entraba salía con vida. Parecería como si fueran a dar la repetición del crepúsculo porque permanecimos un tiempo considerable sin despegarnos de ese ventanal. Después estuvimos juntos en la clase de anatomía y pude verla disecando la mano izquierda de un desafortunado sujeto quien murió con su propio vómito.

Ese mismo cadáver fue destazado bajo nuestra presencia y tu madre me tomó la mano fuertemente al escuchar como se iba desprendiendo cada miembro de aquel cuerpo. Para empezar el semestre recibimos una parte de aquel desafortunado No Nombre en grupos de cuatro integrantes, lo más contrario a un cadavre exquis. En aquel entonces sacarle una sonrisa a tu madre era lo más sencillo del mundo. Nos recuerdo a carcajadas con las cosas más simples. Definitivamente esto no es nada romántico ni tampoco entiendo por qué te lo cuento. Creo que así es el amor, busca rutas las cuales nadie se imaginaría nunca entre una vida de mierda. Años después seríamos la Señora Pterigión y el Señor Pingüéculo, en ese orden estricto tendrías que haber sido la Niña Chalazón a partir del día que llegaste a este mundo en la ciudad de los regios una fría mañana del último lunes de un febrero que eternamente habita en mi corazón. Debí ser un pingüéculo tan malo y feo en el ojo de alguien estéticamente disonante por lo cual me mandaron extirpar de tu lado. Una vez guardado en un cristal lleno de formol, totalmente distraído, no me percaté de tu infinita ausencia.

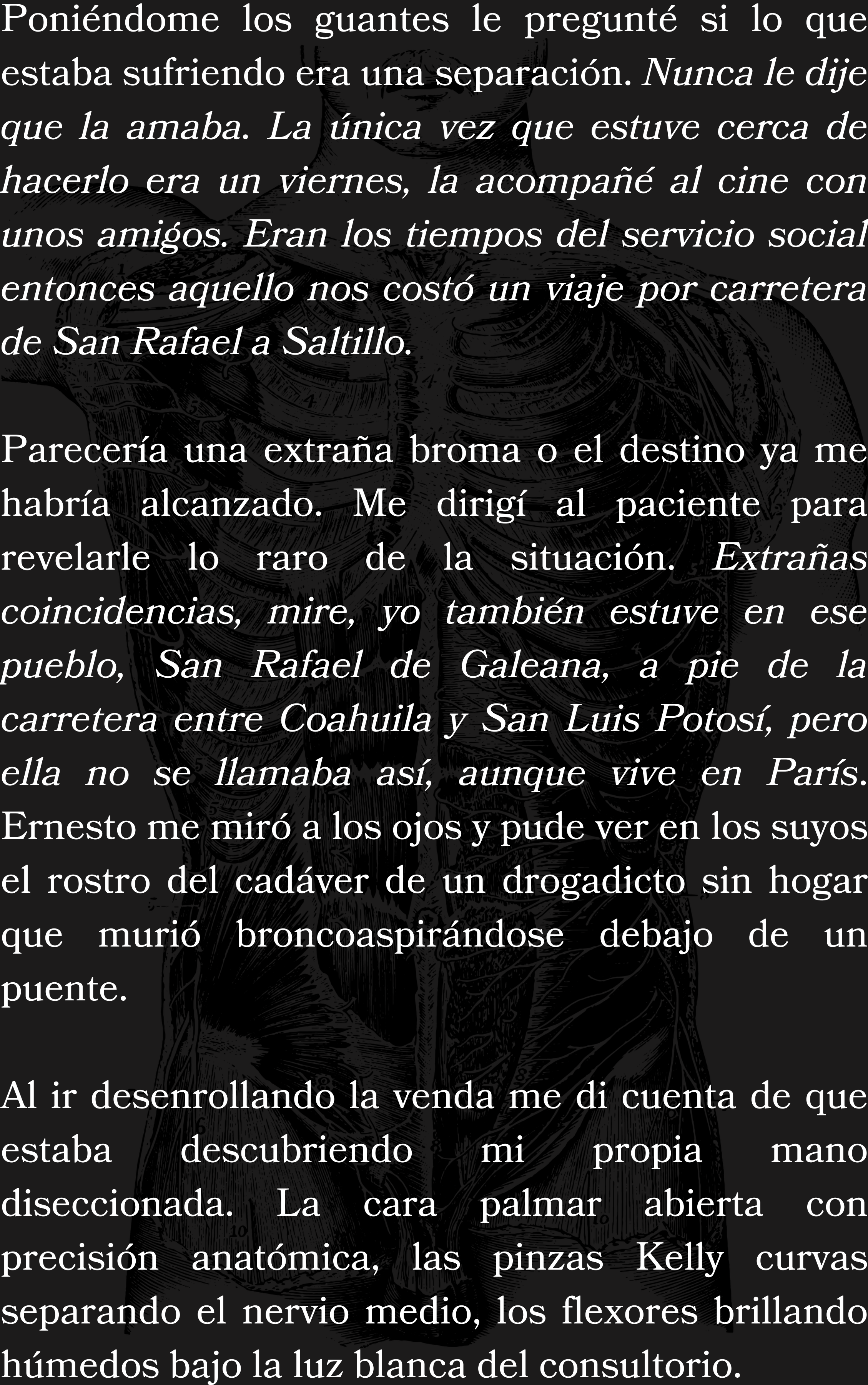
Siempre lo sentí como un despojo, un atropello, una atrocidad, una injusticia pues los pingüéculos se deben dejar en donde están. Pero en realidad nunca supe si perdí la capacidad de ser feliz y reír con los sucesos más sencillos o todo lo que hacía reír a la Señora Pterigión fue algo que se convirtió en lo opuesto.

A los cinco días recibí el informe de patología de los restos de piel de mi paciente probablemente psiquiátrico. No estaba ni la redacción del informe ni la firma de tu madre, era una tal doctora Odilia. Tenía la esperanza de que se tratara de una especie extraña de miasis o alguna picadura de garrapata para no declararlo prácticamente psicótico. La expectativa se fue a la basura al leer la conclusión diagnóstica sobre el tejido cutáneo sin alteraciones. Cuando el paciente llegó por su resultado entró tan rápidamente y comenzando a hablar sin parar que no me dio oportunidad de referirlo con la psiquiatra amiga mía desde la infancia. Cruzó la puerta con la mano derecha vendada. *Estoy ya sintiendo que orugas reptan dentro de mi piel, se mueven con total libertad por todo mi cuerpo, pronto serán crisálidas, están buscando un lugar para detenerse e iniciar su metamorfosis. Ya entendí que ese perro en realidad era el mío que ha estado siempre en la casa.*

Pero esas trompas en espiral me dejaron infestado, no fue un sueño. Se esconden en lugares donde no puedo sacarlas pues me costaría la vida. Están planeando hospedarse en mi corazón, tal vez tendiendo del cayado aórtico o dentro de mi cerebro quizá apuntando al bulbo raquídeo. Ayúdeme por favor médico. Dijo y terminó en un agudo y desconsolador llanto. Lo senté en la mesa de exploración con el pretexto de revisar su corazón y pulmones. Pedí que hiciera inhalaciones profundas seguidas de exhalaciones lentas y largas mientras escuchaba la adecuada entrada y salida de aire.

Hay alguna condición en su vida que le genere ansiedad, temor, miedo, tristeza. Algo en su vida que usted considere que no está bien. Pregunté. Ernesto tiró la mirada al suelo, encogió sus hombros y soltando sus labios tras un prolongado suspiro respondió: Se trata de Andy.

Lo miré con una pequeña sonrisa y poniendo mi mano en su hombro me ofrecí a escucharlo por si eso era lo que necesitaba mientras revisaba las heridas en su mano. Andy se subió a un avión, se fue a Francia y nunca volverá. Confesó entre sollozos mientras le acercaba una mesa de Mayo con el instrumental esterilizado.



Poniéndome los guantes le pregunté si lo que estaba sufriendo era una separación. *Nunca le dije que la amaba. La única vez que estuve cerca de hacerlo era un viernes, la acompañé al cine con unos amigos. Eran los tiempos del servicio social entonces aquello nos costó un viaje por carretera de San Rafael a Saltillo.*

Parecería una extraña broma o el destino ya me habría alcanzado. Me dirigí al paciente para revelar le lo raro de la situación. *Extrañas coincidencias, mire, yo también estuve en ese pueblo, San Rafael de Galeana, a pie de la carretera entre Coahuila y San Luis Potosí, pero ella no se llamaba así, aunque vive en París.* Ernesto me miró a los ojos y pude ver en los suyos el rostro del cadáver de un drogadicto sin hogar que murió broncoaspirándose debajo de un puente.

Al ir desenrollando la venda me di cuenta de que estaba descubriendo mi propia mano diseccionada. La cara palmar abierta con precisión anatómica, las pinzas Kelly curvas separando el nervio medio, los flexores brillando húmedos bajo la luz blanca del consultorio.

El olor a formol se mezcló con el de los antisépticos y por un instante sentí que el laboratorio de anatomía regresaba completo, intacto, como si los años no hubieran pasado nunca.

Quise apartarme, pero Ernesto me sujetó la muñeca con fuerza. —¿Ya las vio? —susurró—. Ya empezaron a salir de usted también. Sentí un escalofrío subir por la espalda. Bajé lentamente la mirada hacia mi bata. Sobre la manga izquierda había una pequeña escama gris adherida a la tela. La tomé entre los dedos. Era delgada, frágil, casi translúcida. Parecía el ala pulverizada de una mariposa.

Entonces escuché el ruido. Un golpeteo suave contra la ventana.

Tac.

Tac.

Tac.

Volteé.

Decenas de mariposas nocturnas se estrellaban contra el vidrio del consultorio atraídas por la lámpara exterior. Sus cuerpos dejaban manchas de polvo en el cristal. Algunas caían al suelo todavía agitándose.

Ernesto comenzó a llorar.

—Le dije que venían por el corazón...

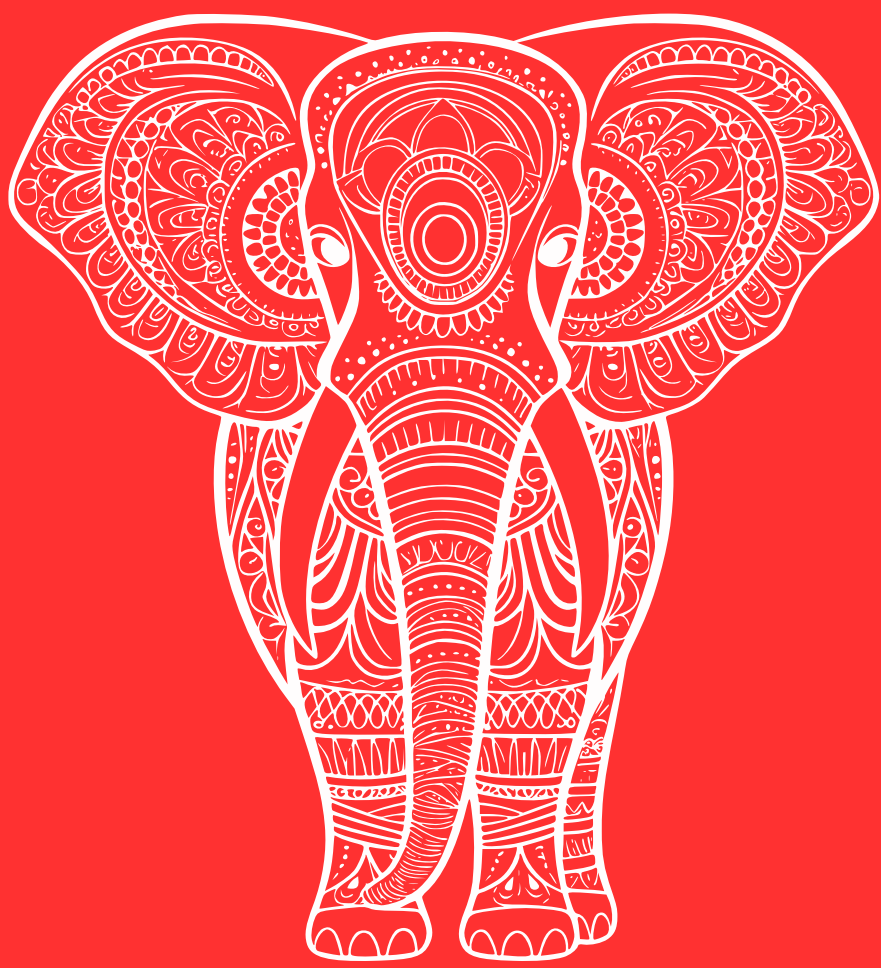
No respondí. Me acerqué lentamente al escritorio mientras el zumbido de alas llenaba el cuarto. Abrí el cajón inferior buscando las recetas médicas y encontré algo que no recordaba haber guardado ahí: una vieja fotografía del laboratorio de anatomía.

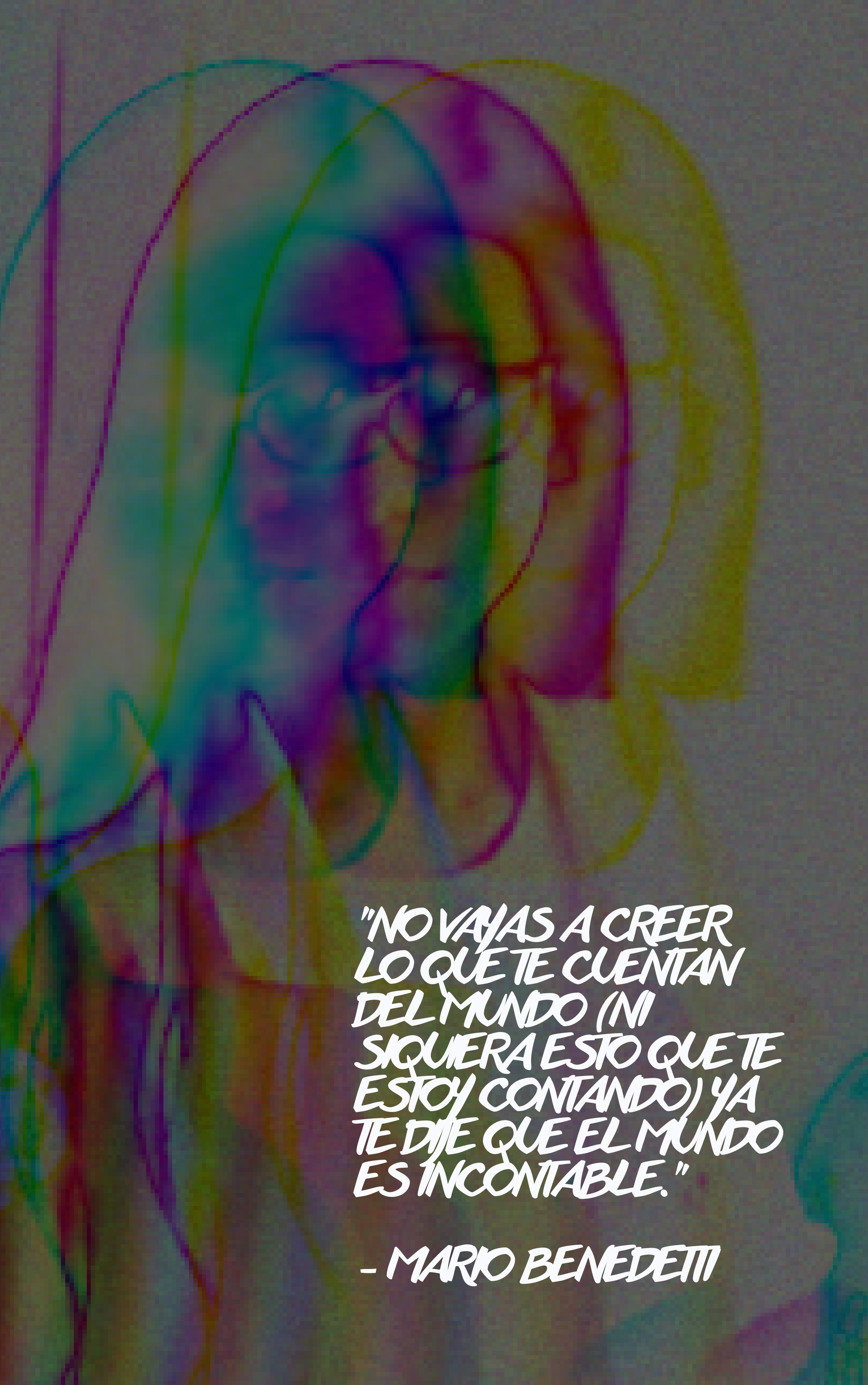
Tu madre aparecía sonriendo frente al ventanal del Cerro de las Mitras.

Y detrás de nosotros, reflejado en el vidrio, había un perro negro observándonos desde el interior del laboratorio.

Un perro que yo juraría nunca estuvo ahí.

EKBOM





"NO VAYAS A CREER
LO QUE TE CUENTAN
DEL MUNDO (NI
SIQUERA ESTO QUE TE
ESTOY CONTANDO) YA
TE DIJE QUE EL MUNDO
ES INCONTABLE."

- MARIO BENEDETTI



DWARF
WORKS